Cuentos, Poemas y Más....

40 años de Democracia

Plan Provincial
de Lecturas
y Escrituras

Ilustración: Cecilia Codoni

Edición - Memoria

El gorrión más bello

—Dale mamá, apurate que vamos a llegar tarde —grita Raúl desde afuera.
—Ya voy, ya voy —responde Emilce mientras cierra la puerta con llave.
Cierra la puerta, levanta los ojos y se deshilachan las décadas pasadas: con la nitidez del presente, en la espalda del hijo ve la espalda de Anselmo, su esposo, cuando tenía esa edad; en los cuerpos flexibles de los nietos, ve los de sus hijos. El recuerdo que persiste resume los muchos sábados de fines de los 60 que salieron rumbo a Miramar, a pasar el día en la playa.

La Emilce de hoy, la del pañuelo, quizá por lo puro del aire, quizá por la inclemente luz del sol, ve que la familia ya está en camino y pierde el ancla del presente. Permanece en el recuerdo sin soltar la llave que cierra la puerta y revive sus propios pasos apurados para alcanzar a Anselmo y a los chicos. Y mientras lo hace no puede dejar de asombrarse de lo grandes que están.

Los hijos van bromeando con el padre y ya no saltan para tocarle la cabeza. Ni siquiera Nestitor salta... ***Olga a veces me preocupa un poco***, piensa Emilce mientras la mira, es tan menudita que sus hermanos menores la alcanzaron en altura. ***Aunque come a la par de los otros... y es tan vivaracha... Capaz me preocupo de gusto, nomás.***

La estación de tren de Mechongué, el pueblo diminuto donde viven, reluce cuando el sol brilla; el techo rojo se distingue de lejos, igual que los sonidos que anticipan la llegada del tren. Cuando escuchan la bocina de la locomotora, corren, riéndose y animándose entre los cinco. Los movimientos en la estación son siempre los mismos: Anselmo se encamina a la boletería mientras el resto va para el andén. Ahí está Susana, su sobrina, y Olga se adelanta para darle un abrazo; giran juntas, se ríen cuando Raúl y Néstor se suman. Ir al mar siempre levanta olas de alegría en todos ellos.

—Ey, ey, cuidado, no hagan barullo, no molesten —advierte Emilce. Anselmo le hace señas que comprende enseguida— Vamos, chicos, ya podemos subir, vamos, vamos.

Se acomodan en dos asientos enfrentados. El viaje a Otamendi es corto aunque suficiente para que Emilce descanse. Es que con Anselmo se levantaron al alba y ordeñaron las vacas, juntaron los huevos, alimentaron a los animales. Recién después levantó a los chicos y preparó el desayuno. Pero ir a Miramar vale el esfuerzo, piensa, mientras el ritmo cansino del tren la adormece.

Luego de un segundo en el presente, suficiente para saber que tiene que cerrar la puerta con la llave, la memoria de la Abuela Emilce la sorprende otra vez y se la lleva, como cuando una olita se retira hacia dentro del mar: siente los pies descalzos sobre la arena. Ve que Anselmo la espera en la entrada a la playa.

Cuando él deja de caminar para esperarla, Olga se detiene, como si padre e hija estuvieran unidos por lazos invisibles. No se ven los varones, se los escucha. Ya están metidos en el mar. Olga la observa con esa mirada suya, tan chispeante, tan compadrita. Camina acercándose

con ojos achinados por la luz y le ofrece un ramo de petunias que se materializa por un instante para luego desaparecer en otro doblez de la memoria. Sus flores preferidas ***eran las petunias***, piensa Emilce en el presente. ***De cualquier color, de todos los colores***. En el recuerdo, llueven mil flores frescas que se transforman en gotas de agua al tocar los rostros de las mujeres.

—¿Y, mamá? —pregunta Raúl adulto.
—Ya voy, ya voy —responde Emilce acomodando de nuevo la llave y girándola dos veces.

La segunda etapa del viaje a Miramar era más agitada, más divertida y bulliciosa, las voces de los chicos, los grandes, los cantos y las bromas, que se hacen más agudas cuanto más cerca están del mar. Los tíos de Emilce viven en Otamendi, los esperan en la estación de tren, sobre el camión ya listo, para seguir viaje hasta la playa.

Asoma una sonrisa en la Emilce del pañuelo: cuánto disfrutaba pasar tiempo con ellos. Si hasta conversar con la tía de una vaca preñada era una fiesta. Las risas, qué remedio.

—Llegamos. Ojo con el piberío que ya están todos preparados para salir corriendo —avisa el tío desde el recuerdo, estacionando sobre la costanera.

No termina de frenar el camión cuando escuchan que Néstor ya está saltando a la arena y corriendo para la playa. A Emilce no le gusta nada que haga eso pero no hay caso, el chiquito le salió alborotador. ***No por nada se giró en la panza y nació de cola, piensa.***

—Dejalo, mami —se anticipa Olga cuando se dispone a retarlo—. Mirá qué preciosura de color tiene hoy el cielo. ¿No te parece que el mar es más azul cuando el cielo está tan turquesa?
—Puede ser, sí —titubea Emilce, prendida de la sonrisa de su hija—. ¿Trajiste tu cuaderno? Eso parece para una de tus poesías.
—Voy a escribir en mi mente. Está demasiado lindo para meterme en un cuaderno. ¡Me voy al mar! —responde Olga dando saltitos mientras se saca la ropa.

Escribir en la mente, qué ocurrencia, piensan las dos Emilce, la del pañuelo y la más joven, la de la playa, mientras camina con ganas de estar mojándose los pies en la orilla.

La abuela Emilce trae a su memoria el último sábado antes de mudarse a Mar del Plata. ¿1970? Sí, 1970. Emilce mamá tiene ilusiones. Está cansada de la vida en el campo, quiere otra cosa y Anselmo también. Además para los chicos la vida será mejor, con más posibilidades. La tía le pregunta si ella va a trabajar y asiente, aún no sabe en qué pero sí, piensa trabajar.

Tiembla un poco la mano de la abuela Emilce. ***Qué jóvenes éramos, qué habría sido si nos quedábamos en el pueblito.*** Pero había que ir a la ciudad para que los hijos estudiaran, para que tuvieran otra vida, una mejor. Hay que juntar los pesos para eso.

Vuelve el mar. Vuelven los hijos y su sobrina chapoteando en el agua. La memoria hoy le salta loca. Va y viene, como perrito con ganas de jugar. Brillan las pieles bronceadas y la

alegría de los chicos, imprimiéndose fuerte en los recuerdos. Ella quiere que jueguen y que estudien, que sean felices, que crezcan fuertes y sanos para cuando llegue el momento duro de ganarse la vida.

Tanto ir y venir en el tiempo le impide quitar la llave de la cerradura. Anselmo y Olga caminan delante. No quiere parar ese recuerdo. Él se detiene para esperar a la hija pero, esta vez, Olga sigue. Sus pasos son decididos. Se va. Emilce contempla con admiración el blanco del uniforme que lleva puesto y el orgullo por la hija enfermera llena pasado y presente. Sí, es enfermera y de las buenas. De las que siembran generosidad al voleo y cosechan toneladas de agradecimiento. Olga se vuelve, su rostro sonríe. "Hay que seguir ayudando", dice. "Vos no te preocupes que yo me voy a ocupar de todo", dice. Un papel aparece en la memoria, está escrito por su hija. Emilce se estremece. El recuerdo es tan nítido que hace temblequear el llavero.

Recita en un susurro, en un rezo, las palabras que la memoria le trae, son las de la última poesía, escrita en esa carta que le llegó para el día de la madre del año 77.

"Esta es tu niña, tu gorrión, las aguas pasan y al pasar besan mis pies. Y sin pensar pienso en ti madre, pienso en ti. Esta es tu niña, tu gorrión, la que cantaba tu canción, recuérdame, recuérdalo. Es que de pronto amanecí con alas largas y volé sobre los álamos y el mar, y en las agujas del final dejé sangrando el corazón. Ayúdame, ayúdame. El puente sueña navegar, marco de piedra añora el mar, y yo pienso en ti, yo pienso en ti. Las aguas bajan y se van con mi deseo de volver, pero es de piedra mi canción".

"¿Seguís acá, Olga?", susurran la Emilce joven y la Emilce abuela, ante un espacio cada vez más vacío y resplandeciente. "¿Dónde estamos, hija, qué pasa?". "Yo pienso en ti, yo pienso en ti", dice la voz de la memoria a toda hora.
—¿Y, mami?, ¿estás bien? —Raúl se acerca, la toma del brazo, le toca la frente.
—Medio mareada, hijo.
—¿Querés que suspenda la entrevista?
—No, no. Vamos, ya está pasando —la abuela Emilce se concentra en el presente, aunque ese ratito con Olga es difícil de dejar atrás. La voz adulta de Raúl ayuda.
—Entonces vamos, que llegamos tarde.
—Bueno, bueno —responde, mientras cierra la cartera—. Igual, ¿vos te pensás que no me van a esperar?

Durante el viaje hasta el set del canal de televisión no habla. Tampoco escucha lo que conversan los nietos con Anselmo y con Raúl. Esta vez el recuerdo de su hija se le hizo demasiado fuerte. Tal vez porque hace poquito fue a visitar a la nieta mayor, la hija que tuvo Olga antes de que la mataran. ***Y ella, que ni llegó a contarme que estaba embarazada...*** La hija de la hija no es poca cosa.

Finalmente llegan al estudio de televisión.

Lo que dice mientras la saludan, todos los movimientos previos a la entrevista, los micrófonos, todo eso pasa como pasa otra ola en el mar. Ola tras ola, va contando la breve historia de su hija, la primaria, la secundaria, la universidad, el trabajo, la militancia, los amores de Olga, Jorge, tan querido, Oscar, el que no conoció, los secuestros de los tres, ese embarazo del que

no sabía nada, la nieta que encontró y que visita todos los años. Ya ha nadado muchas veces por ese mar, pero siempre que las palabras pasan sobre la herida, vuelven a pincharla.

Se emociona e impacienta Emilce, la del pañuelo. Se cansa de las luces, que no son ni la del sol ni tampoco la de la memoria. Vuelve a ella la visión de la espalda estrecha de su hija, tejiendo una remerita en la máquina, escribiendo un poema en la cama, atendiendo un paciente en el trabajo. Vuelve a ella el aroma a torta de manzanas y a pescado recién fileteado. No sabe lo que acaba de preguntarle la periodista, pero lo que quiere decir es lo que está sintiendo en ese preciso instante, lo que viene sintiendo hace tantísimos años y nunca pasa, nunca pasa, nunca termina de pasar:

—Es horrible que te la lleven así sin saber, sin saber nada de ella. Una no cría una hija para que te la saquen así.

Emilce Flores de Casado

Emilce Flores de Casado nació el 24 de octubre de 1936, en Comandante Nicanor Otamendi. Creció entre los pueblitos de Mechongué y Otamendi, provincia de Buenos Aires. Su familia tenía una fonda en Mechongué en la que Emilce trabajó desde la adolescencia. Allí conoció a quien es su compañero hasta el día de hoy, Anselmo Casado. Tuvieron a Raúl, a Néstor y a Olga, quien fue secuestrada a fines de 1977, embarazada de siete meses y medio, y asesinada el 1° de marzo de 1978. Trabajó envasando pescado y en casas de familia hasta que pudieron poner su propio negocio: un almacén que mantuvieron abierto hasta 2006. Gracias a la búsqueda colectiva y a la contención de su familia, el 19 de agosto de 2008 Emilce y Anselmo encontraron a su nieta, Alejandra. Le gusta mucho jugar a las cartas. Con sus hermanas y amigas arman verdaderas competencias. En la sociedad de fomento de su barrio tiene un grupo de amigas, las chicas de “Mate y mujeres”. Entre mate y mate están escribiendo un libro sobre las vidas de cada una de ellas. Todas dicen que no hay como los pasteles y las pastafrolas de Emi, que es la mejor repostera.

Para más datos, www.abuelas.org.ar, caso Cugura Casado.

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN
GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES